

Introducción

ALBERTO J. OLVERA

¿Es necesario un nuevo libro sobre el populismo? El sentido común diría que no, puesto que los títulos sobre el tema se cuentan por cientos de miles en el ámbito. Hay disponibles en el mercado internacional varias revistas académicas especializadas en populismo y América Latina es probablemente la región del mundo con más académicos expertos en el tema. Así, ¿para qué otro libro más?

A diferencia del Cono Sur, donde el debate sobre el populismo ha estado vivo durante décadas, dado que la tradición y la práctica populistas están fuertemente ancladas en el corazón de sus sistemas políticos, en México hemos llegado tarde a esta discusión. El carácter tardío de nuestra transición a la democracia produjo también un desgaste de la democracia elitista muy posterior a la sufrida en la mayor parte de América Latina. En casi todos los países de la región emergieron distintos proyectos populistas desde principios del siglo XXI, alrededor de dos décadas después de las transiciones a la democracia desde regímenes dictatoriales. Mientras los mexicanos vivíamos emocionados una modesta primavera democrática, los países del Cono Sur ya pasaban, en su mayor parte, a la fase del neopopulismo.

Este retraso en los tiempos históricos ha conducido a un menor interés en el debate sobre el populismo en México. Excepciones notables en el campo intelectual —por mencionar algunos ejemplos— fueron el libro coordinado por Hermet, Loaeza y Proud’homme (2001) y el número 44 de la revista *Metapolítica* de 2005 (que analizaban comparativamente el populismo global al situar el fenómeno mexicano como componente de la herencia priista); los títulos publicados por FLACSO-México a mediados de la primera década del siglo (Aibar, 2007, entre otros), el notable libro de Alan Knight (2005) —que lamentablemente circuló poco en México— y los debates inducidos por Benjamín Arditi desde la publicación en español de su obra *La política en los bordes del liberalismo* (2010). En el campo de la opinión pública, Enrique Krauze, reconocido historiador mexicano, lanzó una serie de publicaciones sobre el populismo en América Latina y en México, de carácter eminentemente historiográfico y polémico, siguiendo una trayectoria de denuncia del carácter autoritario de los liderazgos carismáticos, que buscaba en 2005 prevenir a la opinión pública de los riesgos que, según él, representaba la candidatura presidencial de Andrés Manuel López Obrador. Krauze prosiguió criticando a Hugo Chávez y usando a Venezuela como ejemplo de la tendencia a la autocratización del populismo. Esta línea de crítica no tuvo repercusiones en la academia mexicana, que en su mayoría consideraba que la crítica liberal de Krauze (2010) era un ejercicio de la derecha intelectual.

En publicaciones académicas especializadas y en las de difusión amplia, como *Nexos*, *Letras Libres*, *Este País* y otras, hubo también debate sobre el populismo desde la primera década del siglo. En la opinión pública estos esfuerzos tuvieron cierto impacto en las clases medias y altas urbanas, que en 2006 votaron masivamente en contra de López Obrador. Pero el desastre de los gobiernos de la transición, en especial el de Enrique Peña Nieto, crearon condiciones históricas propicias para que en México se olvidaran los miedos a la ola neopopulista

que, paradójicamente, para 2018 estaba ya en horas bajas en la mayor parte de América Latina, pero al alza en México.

En el campo intelectual el intenso intercambio que la academia mexicana ha tenido con la argentina y, en general, la apertura internacional que por fortuna caracteriza al medio académico mexicano, amplió los horizontes y el número de participantes del debate, pero todavía sin que se percibiera que el populismo nos interpelaba como nación, más allá de una lejana y ambigua herencia histórica, localizada en los tiempos idos de la construcción del viejo régimen autoritario.

Desde la llegada a la presidencia de Andrés Manuel López Obrador el interés en el tema del populismo creció de manera extraordinaria al volverse un asunto vital e inmediato. El carácter tardío de nuestra entrada en el debate sobre el populismo explica que en México tengamos una relativa escasez de estudios empíricos sobre el tema y una discusión teórica menos intensa que en el Cono Sur. El peso enorme de la herencia transitológica y de la hegemonía de la ciencia política norteamericana han limitado la extensión y la profundidad de la discusión sobre el populismo. Por otra parte, en este debate repercutieron dos formas hegemónicas de interpretar el fenómeno: la del “declive democrático global”¹ y la del neopopulismo.² Es pertinente y necesario, en este contexto, revisar el debate contemporáneo sobre el populismo y ponderar su potencial contribución a la caracterización del gobierno de López Obrador y del futuro de la democracia mexicana.

El populismo, un fenómeno político considerado como propio de la América Latina de mediados de siglo, se convirtió en el arranque del siglo XXI en un fenómeno global. ¿Puede un proceso político históricamente localizado en el tiempo y en el espacio convertirse en una tendencia general medio siglo después? Cabe recordar que el populismo era interpretado en su origen como un proceso político temporal propio de los desajustes causados por la modernización súbita en países atrasados (Germani, 1971, y en general la tradición funcionalista). O, desde otro punto de vista, como una forma de irrupción de las masas en regímenes oligárquicos propios del siglo XIX. La asociación entre esta revuelta desde abajo y la construcción de estados nacionales con cierta vocación autonómica fue interpretada como la emergencia de “lo nacional-popular” en varios países de América Latina (De Ipola & Portantiero, 1981; Ianni, 1975), una emergencia leída como proceso de asimilación de las masas en el sistema político, recortando o anulando su potencial revolucionario. Pues bien, estas interpretaciones, inspiradas por Weber y Marx, han perdido vigencia no solo teórica, sino histórica. Nada parecido pasa en el siglo XXI y, sin embargo, el populismo está de vuelta con fuerza global.

Miles y miles de páginas se han dedicado en los últimos veinte años a analizar este sorprendente renacimiento de una forma de la política que parecía pertenecer al cajón de la historia de la formación de los modernos estados nacionales en nuestra región. Cabe preguntarse si en verdad hablamos de lo mismo al equiparar el populismo hoy llamado “clásico” con los nuevos “populismos globales”. Las respuestas son tan variadas como los autores que intervienen en el debate. Para algunos, como Aboy Carlés (2014), el concepto de populismo debe reservarse para los casos “clásicos”: Argentina, Brasil y en menor medida México, en los que se combinaron factores como la emergencia de liderazgos carismáticos, movilizaciones socia-

1. IDEA, V-DEM y cientos de libros: véase el capítulo de Azul A. Aguiar Aguilar en este volumen.

2. Véanse las enciclopedias editadas por De la Torre, 2019, y por Rovira et al. 2017.

les desde abajo, institucionalización de organizaciones de masas, afirmación de la autoridad política del estado nacional frente a los poderes fácticos, innovaciones legales y discursos legitimadores del nuevo orden, en los cuales “el pueblo” era un protagonista central, supuesto instigador y beneficiario de las decisiones del régimen político, que gobernaba teóricamente en su provecho. A pesar de la brevedad histórica de esos populismos en su “estado puro”, las instituciones y los discursos creados en esa coyuntura histórica tuvieron consecuencias de largo plazo, convirtiéndose en referentes necesarios de la política nacional en el resto del siglo XX e incluso hasta la fecha. Si bien esta caracterización se aplica en sentido estricto solo a Argentina, por su parte Brasil, México y Ecuador (en cierta forma Perú, también) vivieron sus propios “momentos populistas” fundacionales a mediados del siglo XX, los cuales dejaron una impronta histórica en la vida pública de esos países.

El neopopulismo, en cambio, parece ser coyuntural e inestable, muy heterogéneo en sus orígenes, desarrollo y efectos, y políticamente indeterminado, por cuanto echa mano de todo tipo de ideologías y apela a diferentes audiencias según el país. El populismo de nuestro tiempo parece ser una mera “forma” de la política, un “estilo”, un “dispositivo discursivo”, un movimiento emocional en torno a un líder de popularidad. Cada una de estas explicaciones ha desarrollado una teoría. Pero ninguna aspira a abarcar la totalidad del fenómeno, es decir, a crear una teoría propiamente dicha que explique el populismo más allá de sus formas (Cohen y Arato, 2020).

La emergencia de las prácticas y los discursos populistas responde a la crisis de las democracias electorales —tan generalizadas en nuestro tiempo—, sobre todo, de sus sujetos centrales: los partidos políticos. La “crisis de las democracias” y el neopopulismo son así dos fenómenos concatenados (Sermeño et al., 2022; Rosanvallon, 2020; Urbinati, 2019). Este hecho ha conducido a una especie de confinamiento del estudio de ambos procesos en el campo de la ciencia política, debilitándose la dimensión sociológica que caracterizaba a las teorías del populismo clásico. Esta focalización analítica ha dejado en segundo plano las transformaciones sociales radicales y las consecuencias dramáticas que sobre los estados nacionales ha traído la globalización en el cambio de siglo.

La globalización explica en parte la crisis de un orden político fundado en la autonomía relativa del estado-nación, tanto en relación con otros estados-naciones como con su propia sociedad (autonomía relativa). Los partidos políticos y la democracia vivieron sus buenos tiempos cuando ambas autonomías coincidieron, permitiendo el desarrollo de un sistema de representación social y política cimentado en un orden pactado interno y relativamente predecible y estable en la mayor parte del mundo occidental. La desestabilización de esos pactos derivada de cambios económicos, sociales y culturales rápidos ha puesto a la democracia en cuestión, no porque este sistema político sea intrínsecamente fallido, sino porque es una construcción colectiva cuyos cimientos son frágiles y exigen renovación continua.

Si estas consideraciones son aplicables a los países de Europa Occidental y de Norteamérica, paradigmas (relativos) del orden democrático, en América Latina y Europa oriental, donde la democracia es un fenómeno más bien reciente, los procesos de deterioro han sido más rápidos dada la precariedad del orden democrático mismo que emergió del ciclo de las transiciones a la democracia en América Latina y en Europa del Este a raíz de la caída del Muro de Berlín.

Es en este contexto histórico como han surgido los nuevos populismos. Precisamente porque las condiciones de su surgimiento son muy distintas a las que caracterizaron al populismo clásico, estos “neopopulismos” son débiles, en términos de su capacidad de instaurar un nue-

vo orden político y de permanecer. Para empezar, han surgido dentro de la democracia y, por tanto, su horizonte temporal de legitimación es corto. La tensión entre discursos/proyectos refundacionales — sean xenofóbicos, nacionalistas, justicieros, machistas, conservadores o pseudo-revolucionarios— y la brevedad del tiempo político democrático crean una necesidad de manipulación de los procesos electorales para asegurar la continuidad populista que sigue dependiendo de líderes que reclaman un aura de excepcionalidad y sin los cuales la consolidación de un régimen populista no es posible. Esta tentación puede llevar, en el peor de los casos, a la autocracia, si la competencia democrática es anulada *de facto* o *de jure*, como de hecho ha sucedido en Venezuela y Nicaragua. Pero hay muchas formas de deteriorar la democracia sin terminar de anularla por completo. Ese es el gran problema generado por los nuevos populismos y, en general, la característica central de los órdenes democráticos contemporáneos, que parecen haber entrado en crisis simultáneamente.

Ahora bien, como los nuevos “populismos” son fenómenos diversos, episódicos, inestables, su análisis no puede basarse en una teoría propiamente dicha. De hecho, el término designa actualmente una gran cantidad de fenómenos diferentes, cada uno de los cuales requiere una explicación situada. La inflación en el uso del concepto populismo induce la ilusión de que entendemos algo de lo que pasa, pero en realidad el conocimiento generado hasta ahora es incompleto e insuficiente (como menciona Arditi en este libro).

Así, a pesar de miles de páginas escritas en tiempos recientes sobre el tema, el debate sobre el populismo no se ha agotado ni se agotará en tanto no lleguemos a un entendimiento pleno de las limitaciones estructurales de las democracias en la época de la globalización neoliberal y de su ajuste relativo actual ante la conformación de nuevos bloques que se disputan la hegemonía planetaria. Ante todo, tenemos el reto de entender en conjunto los cambios sociales y culturales que han modificado el espacio público y la naturaleza del debate político tan rápidamente, así como el fracaso de la política democrática convencional en darle voz a los nuevos actores de la sociedad civil, canalizar las viejas y las nuevas demandas sociales y culturales y encontrar vías de resolución a las simultáneas crisis de representación y de gobernanza de las democracias contemporáneas.

En aras de situar los contornos de este debate, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) impulsó, a principios de septiembre de 2022, el seminario internacional “El populismo como concepto y como práctica”, en el que participaron destacados especialistas nacionales e internacionales.

Este libro hace una modesta contribución a esa discusión al ofrecer un ángulo de mirada diferente al convencional. Para empezar, reunimos en un solo tomo un debate teórico que hace un balance de la capacidad del concepto de populismo para dar cuenta de la realidad política de nuestro tiempo; un esfuerzo de sistematizar los aportes del debate sobre el populismo para entender a la sociedad civil y al espacio público en el nuevo contexto; las relaciones entre el decisionismo populista y los principios, las prácticas e instituciones de la rendición de cuentas; las formas que adopta, además del populismo, la “política de cercanía” de ciertos liderazgos no populistas en la región, así como los vínculos entre las teorías del “deterioro democrático” y el populismo contemporáneo. En conjunto, este balance ofrece claves interesantes para entender los alcances y límites de la actual fase —tardía— del debate teórico sobre el populismo.

Además, esta obra intenta establecer vías de diálogo entre tal debate teórico y la interpretación de algunos procesos políticos actuales en México, determinados por el proyecto populista-nacionalista-desarrollista tardío que el presidente Andrés Manuel López Obrador ha impulsado.

En la sección sobre México se presentan ensayos que analizan algunos de los terrenos en que el fenómeno populista se ha expresado en nuestro país. Ciertamente, el tema es complejo y amerita varios libros. En este volumen nos limitamos a presentar cuatro miradas sobre esta problemática, cada una enfocada en aspectos en esencia complejos de estudiar: primero, una caracterización del populismo en el gobierno de López Obrador, que dialoga con los capítulos previos; segundo, un análisis de lo que significa la polarización en los tiempos de las redes sociales; tercero, la política de la política social, un tema debatido en un país acostumbrado al paternalismo estatal; para finalizar, se presenta un estudio de la lógica de los movimientos sociales que no pudieron ser asimilados a la lógica populista y que, por el contrario, desarrollaron sus propios mecanismos identitarios y continuaron sus agendas programáticas a pesar de no contar con el apoyo estatal.

LOS CONTENIDOS

En la primera sección de este libro Benjamín Arditi y Carlos de la Torre, reconocidos especialistas en la investigación sobre el populismo, proponen sus respectivos balances sobre lo aprendido en las últimas dos décadas sobre este tema. Arditi sostiene que el concepto de populismo ha dejado de tener valor heurístico y nos propone cinco y media soluciones (“provocaciones”) para hacer un uso controlado de este. Las propuestas van desde reconocerlo como mero insulto a acotar su significado a ciertas formas concretas de la política, sin mayores pretensiones interpretativas. De la Torre, en cambio, sugiere que la noción de populismo sigue siendo productiva a condición de darle un uso empírico–descriptivo riguroso. Para desarrollar esta idea De la Torre nos propone contrastar el populismo contemporáneo con el fascismo, en tanto dos formas autoritarias que comparten semejanzas formales autoritarias y personalistas, pero difieren en sus prácticas, resultados y procesos, así como en su temporalidad histórica. Por la vía de este contraste el riesgo autoritario del populismo queda mejor explicado. En cierta coincidencia con Arditi, De la Torre no acepta que el populismo designe ni una época de la política ni una forma de esta que pueda dar lugar a una teorización sustantiva.

En la segunda sección Alberto J. Olvera y Enrique Peruzzotti analizan aspectos específicos de la política en los regímenes populistas en tanto gobierno. Olvera estudia las formas que adoptan las relaciones entre el régimen y los distintos componentes de la sociedad civil, haciendo notar cómo la centralización del poder y su personalización en el líder anulan los espacios civiles de acción aun para los sectores de la sociedad civil favorables y aliados con el régimen. Esta exclusión debilita en el tiempo la legitimidad misma de los líderes populistas. Por otra parte, el monopolio de la voz por parte de los líderes limita los espacios públicos de debate y los fragmenta en medio de un clima de polarización. Sin embargo, aun en ese contexto es preciso tener en cuenta que la interacción entre gobierno y población se produce en múltiples interfaces de manera cotidiana, cada sector de la ciudadanía y su relación con el líder adquiere sentidos distintos. Para algunos, la recepción de beneficios/subsidios ratifican el paternalismo y la dependencia colectiva con respecto al líder, para otros, la relación es ambigua en tanto servicios básicos como la salud, la educación y el transporte público han sufrido un deterioro notable. La existencia de tres niveles de gobierno complica aún más la valoración de la experiencia populista.

Peruzzotti hace notar que una de las dimensiones más sustantivas de la democracia contemporánea, la rendición de cuentas, es radicalmente reducida en los regímenes

neopopulistas. La concentración del poder en la figura del líder hace que cualquier instancia independiente de rendición de cuentas, e incluso las instancias estatales que deben cumplir esa función, se vean atacadas o reducidas a un papel testimonial. Este efecto colateral del populismo viola uno de los principios nodales de la democracia, sobre todo de las formas supuestamente monitorizadas de nuestro tiempo. Dado que en este escenario la rendición de cuentas solo puede hacerse *post-factum*, vía electoral, el control de las elecciones pasa a ser prioridad de esta clase de regímenes, lo que pone en riesgo la democracia misma.

En la tercera sección del libro, dedicada a profundizar en el análisis de las formas en las cuales el populismo convive con las instituciones democráticas, Rocío Annunziata nos ayuda a entender que los tipos clásicos del liderazgo populista no son las únicas formas de liderazgo en las democracias polarizadas. Analizando el ejemplo de Mauricio Macri en Argentina, Annunziata observa que hay otras formas de la política de la proximidad y analiza una forma de acercamiento a la ciudadanía, cara a cara, de los políticos profesionales, que tiene rendimientos simbólicos importantes y crea otra forma de liderazgo legítimo, que al menos en Argentina tuvo un éxito temporal.

Azul A. Aguiar Aguilar discute en su capítulo con las teorías del deterioro democrático, haciendo notar sus continuidades y discontinuidades con las interpretaciones del neopopulismo. Aguiar destaca que ambas interpretaciones comparten elementos de diagnóstico: la crisis de representación, la crisis de gobernabilidad y el vaciamiento de partidos e instituciones abren la puerta a “soluciones” con potencial autoritario. Haciendo uso de diversos índices internacionales sobre la democracia, la autora demuestra la extensión y profundidad de la “crisis de la democracia” a escala global y, en particular, en América Latina. Ese es un buen punto de partida para entender la ola neopopulista en la región.

Para finalizar, en la cuarta sección, cuatro ensayos más discuten las consecuencias del neopopulismo en México: en el primero Alberto J. Olvera ofrece una caracterización del gobierno de López Obrador como un régimen populista, diseccionando las características de su liderazgo, su discurso y proyecto políticos, y sus prácticas como gobierno. Olvera analiza con detenimiento la politización personalista de los mecanismos de democracia directa; la desinstitucionalización del gobierno en varios campos y sus consecuencias: la política social, la salud, la seguridad, mostrando que la informalización de áreas completas del gobierno ha conducido al desarrollo de una especie de estado paralelo basado en una riesgosa militarización, no solo de la seguridad pública, sino de vastas áreas del gobierno. El autor examina los problemas de institucionalización de Morena como partido político y los riesgos de la sucesión presidencial en un régimen personalista.

Víctor Hugo Ábrego examina la naturaleza de la polarización política a partir de un análisis de los contenidos discursivos dominantes en las redes sociales; este ensayo exhibe los mecanismos de creación y amplificación de las voces, tanto oficiales como críticas en las redes sociales, especialmente el uso de *bots*. Los medios tradicionales pierden la centralidad del pasado y se enfrentan a un desplazamiento que traslada parte del manipulado debate público a redes sociales cuya inmediatez y velocidad hacen que los argumentos den paso a las pasiones y a reacciones emocionales que profundizan las divisiones propias de las sociedades modernas, y que el neopopulismo sabe manejar muy bien.

Carlos Barba Solano estudia la política social de la llamada “cuarta transformación” (4T) y sus rupturas y continuidades con la política social neoliberal. Barba destaca el fracaso en materia de resultados de los subsidios masivos y universales a los pobres para contrarrestar

los efectos de la pandemia y el carácter penosamente clientelar y paternalista de estos en su concepción y ejecución.

Jaime Antonio Preciado Coronado coloca a los movimientos sociales de México en el complejo escenario de su interrelación con un gobierno desarrollista y personalista. De esta manera, registra que los movimientos en resistencia contra megaproyectos no han sido escuchados, al igual que aquellos que promueven el autogobierno indígena y los diversos feminismos. Si bien discursivamente la 4T ha apoyado sus causas, en la práctica se observa que estos movimientos no han sido considerados interlocutores válidos del régimen. La autorreferencialidad del liderazgo populista impide un diálogo con movimientos sociales que cuestionan su lógica y su autoridad, mientras ellos, por su parte, continúan intentando construir “comunidades de pertenencia” en una forma cada vez más autónoma.

Este libro abre una ventana de diálogo sobre el neopopulismo contemporáneo. Trata de ofrecer elementos útiles para entender la realidad que nos toca vivir. Queda al lector la responsabilidad de juzgar si hemos logrado nuestro cometido.

Como editor, agradezco el apoyo a este proyecto de la doctora Ana María Vázquez, directora del Departamento de Estudios Sociopolíticos y Jurídicos del ITESO, así como a su extraordinario equipo. Asimismo, al rector del ITESO, el doctor Alexander Zatyryka, S.J., sin cuyo soporte esta publicación no hubiera sido posible.

REFERENCIAS

- Aboy Carlés, G. (2021). Los populismos latinoamericanos y el debate de nuestros días. *Revista PolHis*, núm. 27, 39–67.
- Aibar, J. (Coord.). (2007). *Populismo y democracia en Latinoamérica*. FLACSO.
- Arditi, B. (2010). *La política en los bordes del liberalismo*. Gedisa.
- Arato, A. & Cohen, J. L. (2020). *Populism and civil society*. Oxford University Press.
- De Ipola, E., & Portantiero, J. C. (1981). Lo nacional popular y los populismos realmente existentes. *Nueva Sociedad*, núm. 54. <https://nuso.org/articulo/lo-nacional-popular-y-los-populismos-realmente-existentes/>
- De la Torre, C. (Ed.) (2019). *The Routledge Handbook of Global Populism*. Routledge.
- Germani, G. (1971). *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós.
- Hermet, G., Loaeza, S., & Proud'homme, J. F. (Eds.). (2001). *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. El Colegio de México.
- Ianni, O. (1975). *La formación del estado populista en América Latina*. Era.
- Knight, A. (2005). *Revolución, democracia y populismo en América Latina*. Centro de Estudios Bicentenario.
- Krauze, E. (2010). *El poder y el delirio*. Tusquets.
- Metapolítica. (2005, noviembre–diciembre). Dossier Muerte y resurrección del populismo. *Metapolítica*, 9(44), 37–111.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo*. Galaxia Gutemberg.
- Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa, P. & Ostuguy, P. (Eds.). (2017). *The Oxford Handbook of Global Populism*. Oxford University Press.
- Sermeño, A., Aragón, A. & Delgado, C. (Eds.). (2022). *Populismo y declive democrático: síntomas de un cambio de época*. Gedisa/UNAM.
- Urbinati, N. (2019). *Me the People. How populism transforms democracy*. Harvard University Press.